FF 50 253

Hola, buenas noches. Aquí estamos, como cada miércoles, a esta misma hora, con un espacio de la Facultad de Filosofía de la UNED, que coordinan Francisco José Martínez y Antonio García Santes Mases, Revista de Filosofía. La semana pasada dedicábamos el programa a un libro editado, en el sentido anglosajón, por Moisés González, Filosofía y Cultura, que ha salido en siglo XXI.

El libro, que es un análisis de los orígenes del pensamiento hasta hoy, ha sido realizado por distintos especialistas en cada uno de los temas que trata. Entre estos especialistas, además de Moisés González, están Francisco José Martínez, coordinador de este programa, uno de los coordinadores, y Carlos Gómez, que, por supuesto, nos acompañaron el pasado miércoles y que hoy están también aquí con nosotros. Moisés González se ha ocupado de lo suyo, del Renacimiento, y dentro del Renacimiento de la Filosofía, de la figura de maquiavelo.

Carlos Gómez ha centrado su trabajo en Frankfurt, más concretamente en Habermas, y Francisco José Martínez se ha dedicado a lo que más y mejor conoce. Estos son los títulos de los dos capítulos de los que se ha ocupado Francisco Martínez. Una nueva práctica de la filosofía, el marxismo como dialéctica materialista, y la hermenéutica, de exégesis bíblica a lengua común de la cultura.

De todo esto, vamos a tratar a continuación con Moisés González, Francisco José Martínez y Carlos Gómez. De momento, os dejamos ya con Francisco Martínez. Buenas noches.

Buenas noches. Continuamos hoy, como ya advertimos el día anterior, discutiendo con nuestro amigo y compañero de la Facultad, Moisés González, el compilador del libro de Filosofía y Cultura, editado por Siglo XXI, que comenzamos a comentar el día anterior. Y también contamos hoy con la asistencia de Carlos Gómez, profesor también de esta casa y compañero nuestro.

Hoy vamos a centrarnos un poco para presentar algunas de las temáticas, algunos de los juegos que puede dar el libro, que, como ya vimos la otra vez, hace una exposición, si no es austiva, bastante suficiente, de la problemática contemporánea de filosofía actualmente. Hemos elegido un tema que nos pueda agrupar a los tres participantes en esta mesa, la cuestión del poder y su relación con la eficacia. Este es un tema de filosofía política, nosotros también trabajamos aquí bastante con nuestros compañeros antes más, y que vamos a aprovechar para verlo en tres hitos.

En primer lugar, como Moisés González es un especialista en Renacimiento, pero dentro del Renacimiento, especialmente en Maquiavelo, vamos a empezar con la problemática del poder en Maquiavelo. Luego podremos ver cómo se plantea esto en Marx, todo el problema que habíamos el día pasado de las implicaciones éticas del marxismo, su posible teoría de la justicia. Y, por último, acabaríamos viendo cómo este problema clásico, reverbera, se replantea en el

último Frankfurtiano, en Habermas, gracias a que tenemos aquí a Carlos Gómez, que fue quien planteó el capítulo de Habermas y de Frankfurt en general en el libro.

Empezamos por Maquiavelo. Moisés, ¿cómo plantea Maquiavelo el tema del poder? Y, sobre todo, yo creo, qué relevancia tiene ahora para nosotros, tantos siglos después, el planteamiento maquiaveliano de esta temática. Yo creo que la problemática y el planteamiento que hace del poder Maquiavelo, que arranca de la modernidad, se mantiene en una vigencia total y absoluta, y, además, podríamos decir que plantea un conflicto que no ha sido del todo superado en el tratamiento del poder.

Maquiavelo parte de una afirmación radical, y es que, dice él, en los discursos, los hombres no pueden garantizar su seguridad más que con el poder. El poder, por lo tanto, es el único que puede salvarnos. La razón, para Maquiavelo, es evidente, puesto que los hombres están dominados por pasiones egoístas y destructivas, y para que sus humores, sus pasiones, puedan discurrir armónicamente, es necesario que exista un poder, un estado fuerte y bien organizado.

Entonces, si el poder es el único que nos salva, si el poder es el único que puede garantizar nuestra seguridad, entonces, se trata, evidentemente, de ver cuáles son las exigencias que el poder plantea. Y, para Maquiavelo, la regla fundamental del poder debe ser la eficacia. El poder debe de ser defendido a toda costa, y dice explícitamente, por todos los medios, justos si es posible, o injustos si fuese necesario.

Este tema es el que plantea, evidentemente, el funcionamiento del poder político, en la medida en que dice él que el político se verá obligado a entrar en el mal en determinadas circunstancias. Con esto, Maquiavelo no está diciendo que un fin político que se considere necesario justifique cualquier tipo de medios. Los medios serán necesarios, determinados medios serán necesarios para garantizar la eficacia política, pero eso no quiere decir que los medios se conviertan en moralmente buenos.

Para Maquiavelo, la autonomía de la política es una cosa fundamental, entonces, la separación entre política y ética es, para él, muy importante. Es decir, que el calificativo moral de los medios permanece siempre, para Maquiavelo, inalterable. Pero sí está dispuesto a afirmar, y afirma radicalmente, y este es el gran escándalo que plantea Maquiavelo, es que, en determinadas circunstancias, el político se verá obligado, se va a ver obligado a violentar, a ir en contra de las normas morales tradicionales.

Sólo cuando sea preciso, pero, evidentemente, dice él, que hay casos en los cuales esa violencia contra las normas admitidas de funcionamiento moral va a ser necesario. Voy a leer, me vais a permitir que lea dos textos muy breves, donde plantea, precisamente, esta especie de exigencia que el político tiene de tener al poder como único referencia fundamental. Dice Maquiavelo, en los discursos, en las deliberaciones en que está en juego la salvación de la patria, del Estado, no se debe guardar ninguna consideración a lo justo o lo injusto, lo piadoso o lo cruel, lo laudable o lo vergonzoso, sino que, dejando de lado cualquier otro respeto, se ha

de seguir aquel camino que salve la vida de la patria y mantenga su libertad.

Y dice, un poquito más adelante, un organizador prudente, un político, que vela por el bien común, sin pensar en sí mismo, que no se preocupe por sus herederos, sino por la patria común. Jamás el que entienda de estas cosas le reprochará cualquier acción que emprenda, por extraordinaria que sea, para organizar un reino o construir una república. Sucede que, aunque le acusen los hechos, le excusan los resultados, y cuando éstos sean buenos, siempre le excusarán.

Es decir, el político tiene que buscar, por tanto, la eficacia, que los resultados sean buenos. Si para la concepción clásica de la política los medios debían ser siempre legítimos, para Maquiavelo los medios deben ser siempre eficaces. Y posiblemente este es el gran problema que deja planteado Maquiavelo, si es posible combinar eficacia y legitimidad.

Maquiavelo dirá que no, que hay circunstancias, hay momentos en los que estas dos cosas no pueden ser combinadas, y que el político tiene que estar dispuesto a saltar por encima de las normas morales vigentes en la propia sociedad. Y eso, porque el poder es el único que nos va a salvar a todos. Lo realmente importante, desde nuestro punto de vista, aparte de la temática que podíamos abordar, de la relación entre política y política, lo que es importante ahí es su clarividencia en ver la necesidad de la eficacia.

Es decir, que antes casi de que el Estado moderno surgiera, porque él prácticamente lo está viendo, pero se está iniciando, él se da cuenta de que la complejidad que va a tener ese Estado pone como elemento fundamental la eficacia. Ese es un elemento, yo creo, que es importante, sobre todo para ver que, claro, que uno de los elementos fundamentales del Estado es que tiene que resolver problemas. Sí, el poder está ahí justamente para resolver los problemas de los ciudadanos.

Y lo que pasa es que la eficacia lleva consigo determinadas leyes que hay que respetar. Es decir, hay momentos en los cuales las circunstancias obligan a actuar de forma extraordinaria, dice Maquiavelli, entendiendo por extraordinario la violación de determinados principios, sean morales, religiosos. Maquiavelli se pregunta si hay que mantener la palabra dada, y dice que no hay posibilidad de que un político pueda mantener siempre la palabra dada y no debe hacerlo.

Hay circunstancias en las cuales el político tendrá que ser infiel a su propia palabra. Hay que reconocer que, en ese sentido, los políticos actuales, al menos en este país, son rigurosamente maquiavélicos. No solo maquiavelianos, sino maquiavélicos.

Pero esta temática, Carlos, yo creo que tendría que hablar. Lleva el tema a una serie de cuestiones que siguen estando muy en candelero. Yo, sin despreciar, ni muchísimo menos, el ámbito de autonomía que la política ha cobrado, mucho más acentuado ahora en nuestro mundo que en el mundo de Maquiavelo.

Es decir, la política tiene un ámbito propio que no se puede tratar de moralizar directamente,

porque eso supondría romper la separación de esferas que, precisamente, el mundo moderno ha consagrado. La política tiene mucho de administración, de burocracia, como bien vio Weber, y ahí tienen las leyes internas, su legalidad interna, el sistema jurídico-político, como Habermas dice, que no se puede disitar directamente. Respetando todo eso, desde el punto de vista de la ética, no puedo evitar que me rechine, que me rechine enormemente una serie de presupuestos, como el poder que nos salva, no sé de qué nos salva… Son problemas que siguen ahí.

Sobre todo me resuena a una problemática que, muchos años después, Weber volvería a plantear. El problema de Weber es que, efectivamente, parece que los políticos tienen derecho a una moralidad especial, que es la ética, es la responsabilidad, porque no siempre se pueden guardar las convicciones. Hay que estar atento a los resultados, un político responsable tiene que atender a las consecuencias, pero eso formula algo así como que los políticos tienen derecho a una moralidad propia, y, naturalmente, eso puede ser contestado desde muchos ámbitos.

Siempre que el político obre mal moralmente, pues ha obrado moralmente y no hay nada que lo excuse. El político obra a gran escala, y quizá por eso se nota más, pero cuando uno se salta las normas morales, cuando actúa deshonestamente o ilegítimamente, pues ha actuado deshonestamente, sea a gran escala, en la vida pública y política, sea cada uno de nosotros en nuestra vida personal. Y, por supuesto, no hay fin que justifique en absoluto a los medios, o, por lo menos, si decimos que el fin justifica a los medios, a partir de ese momento hemos dejado, desde cualquier punto de vista, la ética.

Yo con eso no estoy planteando que la ética tenga que moralizar directamente al sistema político, me parece que es una exigencia utópica que el sistema político tiene su legalidad propia, pero sí cabe, Habermas insistiría en eso, sí cabe una moralización indirecta de la legalidad propia del sistema político, precisamente a través de la formación de una opinión pública, racional, dialogante, que trate, dice Habermas muy expresivamente, asediar una fortaleza, la fortaleza del sistema político, asediar una fortaleza que no trata de conquistar, pero que sí trata de que haga caso a las razones que esa opinión pública ha ido formando. En cualquier caso, es verdad que el mundo moderno no presenta ese idilio entre ética y política que tenía el mundo clásico, la ruptura entre ética y política es clara, la razón de estado de Maquiavelo no hay que olvidar que nace paralela a la razón utópica, y diríamos, ¿hay razón utópica, razón ética?, en el sentido de aspirar a un orden, a un poder más racional, más justo, más ético, más igualitario, y en el caso extremo, en el caso que se considere que el poder es incurable, a la disolución de todo poder, y ahí están todas las tendencias utópicas del mundo moderno, y la verdad es que durante estos cinco siglos, razón ética y razón política, o razón estratégica y razón moral, o razón de estado y razón utópica, se han estado contraponiéndose, abrazándose, rechazándose, necesitándose, para Kant era muy claro, la verdadera política no puede dar un paso sin rendir pleitesía a la moral, lo que pasa es que Kant ahí, prefiere mantener la decisión tajante, Hegel parece que lo invierte y dice, no, mire, el Estado, por sí mismo, echa la utopía, pero eso lo vuelve a invertir Marx, para el que el Estado, más bien, de

alguna manera, va a ser precisamente la antiutopía, es decir, que efectivamente el tema ha estado ahí presente en el mundo moderno, Embeber logra un realce dramático en su famosa conferencia de la política como vocación o como profesión, y la verdad es que todos los intentos de los frankfurtianos es cómo compaginar, sobre todo, por lo menos, cómo no hacer unilateral la razón estratégica que parece que la vida política había ido imponiendo. Si, como yo soy de ética, pues si quiero lanzar una... defender algo desde el punto de vista ético, únicamente recordaría aquello, pero luego os quiero ceder la palabra y me gustaría desde el punto de vista del marxismo, ver qué nos tiene que decir también Paco Martínez, me gustaría recordar lo que Embeber, a pesar de su defensa de la ética y la responsabilidad, acaba diciendo al final de la ética como vocación, en donde dice, efectivamente, un político no puede actuar siempre por convicciones, muchas veces tendrá que atender a las consecuencias, tendrá que ser responsable, pero el propio Embeber dice, aunque desde luego llegará un punto en que, como Lutero en la dieta de Born, se vea obligado a decir, siehresteis, un kann nicht anders, la famosa frase que en Alemania se ha convertido casi en un refrán, aquí estoy y ya no puedo hacer otra cosa.

Cuando un político, por más eficaz que quiera ser, por más que atienda a los resultados, a las consecuencias, hay un momento en que no da un paso adelante más, dice, bueno, aquí estoy y no puedo hacer otra cosa, quiere decir que, en el fondo, está apelando a una ética de convicción, diciendo, sea lo que sean los resultados, yo no puedo conculcar esto, porque, claro, eso nos llevaría a preguntarnos, ¿se puede arbitrar un expediente como el Gulag en función de la patria socialista? ¿Se pueden quemar seis millones de judíos en función de...? ¿O se puede pensar que es legítimo que se debe dar la bomba atómica sobre Hiroshima con el argumento de que quizás una guerra se acabara más pronto o no sé los argumentos que se pudieran dar? Bueno, si se estuviera diciendo eso, la verdad es que la ética está de sobra, que a lo mejor efectivamente lo está, pero quizás por una razón no muy ética, sino sencillamente para pasar para casa, yo querría que no estuviera completamente de sobra, y la verdad es que el esfuerzo, me parece, por ejemplo, de los franfurtianos, es que esta razón estratégica que ha llegado a administrar el mundo, y que, por cierto, no nos ha salvado, sino que nos ha conducido, como ellos bien vieron, a un nuevo rostro de la barbarie, pues que sea permeable a los discursos éticos, sin moralizarlos directamente, porque, insisto, el sistema político tiene sus legalidades propias que hay que respetar, pero, como vemos, el debate está muy abierto y seguro que tenéis un montón de cosas que decir. Sí, bueno, el marxismo es muy amplio, claro, también ha habido muchas posiciones llamadas marxistas respecto de la ética, ¿no? Hombre, yo creo que la más débil era justamente la que justifica, incluso justifica en el sentido fuerte, es decir, que convierte en bueno aquello que favorece, en primer lugar, la consecución del objetivo final, y luego las consecuciones de objetivos más límites, y al final lo que decide el partido, el secretario. Yo creo que esa ética, obviamente, no es ética, y es una ética de tipo justificacionista, incluso a veces poco cínica.

Ahora bien, lo que yo creo, por ejemplo, Lukács planteó en Táctica y Ética, en el 19, es que a veces el político tiene que actuar mal, y él ponía el ejemplo de un terrorista ruso, de los

populistas, que era muy religioso, que decía, estoy obligado a tirar la bomba y cargarme al archiduque, aunque sé que eso va a condenar mi alma. Es decir, que, por un lado, en la política hay que hacer, como decía Maquiavelo, el mal, es decir, que tienes que hacer el mal. Ahora bien, el tener que hacer no exime que sea malo, es decir, que el político lo hace, pero eso no le justifica moralmente.

Yo creo que a veces es un poco lo de las manos sucias de Sartre, es decir, que el que entra en harina a veces tiene que mancharse, pero no hay una justícica... El que entra en política ha hecho un pacto con el diablo. Claro, y tiene que pagar la letra. Citarlo a Maquiavelo, realmente.

Lo que hace ni más ni menos que citar a Maquiavelo, es decir, Maquiavelo no dijo nunca que el fin justifica a los medios. Es Maquiavelía. Exactamente, porque él dice que los medios seguirán siendo inmorales.

Lo más grave de Maquiavelo es que dice que hay veces en que es necesario recurrir a determinados medios que son moralmente condenables. Esto es lo verdaderamente escandaloso, digamos, de alguna forma. Y que no quedan justificados.

No, no, no, no quedan justificados, pero resultan necesarios. Resultan necesarios. En el marxismo que tú habías empezado a analizar, efectivamente, tú decías lo de la dualidad ética y yo te animaría a que siguieras, porque efectivamente ha habido siempre en el marxismo una posición muy ambivalente, por un lado, por lo menos en la práctica, porque los textos... Los textos también son ambivalentes, pero son más cuidadosos.

Ha habido una ambivalencia entre, por un lado, una práctica política que al final ha claudicado de toda ética en algunos momentos, como tú señalabas, y, por otro lado, en Marx, hay una apelación ética radical. Por supuesto, el famoso texto de que el hombre tiene que luchar, el imperativo categórico, llamarlo cita así, con la resonancia indudablemente kantiana que tiene de luchar contra la explotación y contra la justicia, esté donde esté. Ahí parece que la ética pasa a primer plano, por más análisis que Marx hiciera del lenguaje humanista, que puede ser muy encubridor.

Pero hay otra vena radicalmente ética de Marx que, no en vano, cita el imperativo categórico kantiano. Y esa dualidad, yo creo que el marxismo ha sido siempre un problema. Tú has citado el texto de Lucas, se podrían citar otros un poco escandalosos éticamente, como su Moral y la nuestra, de León Trotsky.

Pero esa ambivalencia me gustaría que la comentaras, ¿te parece? Sí, yo creo que hay dos polos fundamentales en este tema del marxismo, un polo kantiano y un polo hegeliano. Uno, que iría el kantiano hacia una ética de los ideales y una ética utópica, en cierto sentido, y basado en una teoría de la justicia. Y un polo hegeliano más realista, en el sentido, primero, de que la historia tiene un peso, y aunque la hacemos nosotros, pero en circunstancias que no hemos hecho, y entonces hay un peso de la estructura, en ese sentido, en el nivel histórico, es decir, eso es antiutópico y antiidealista.

Y en el sentido realista, también, este maquiavélico, de que, en realidad, a veces hay que tomar decisiones que manchan y que rompen. Yo creo que esos dos polos funcionan. Y, claro, ahí habría el problema de que hay marxistas que han tirado más al polo más hegeliano, las leyes inexorables de la historia, la eliminación de la subjetividad, marxistas que han impulsado el polo kantiano, el polo subjetivo, el polo ideal, y, para concluir un poco, podría resumir, simplemente, esto centrado en la cuestión de si hay o no una teoría de la justicia en Marx.

Entonces, parecería que, por un lado, había una teoría de la justicia, en el sentido en que la crítica, por ejemplo, de la explotación, se hace porque es injusta, y, en otro sentido, no habría una teoría de la justicia porque los valores fundamentales que plantea Marx son valores, por ejemplo, los valores comunistas, los valores de la sociedad sin clases, que estarían ya más allá de la justicia, es decir, que no tendrían sentido el plano de la justicia en una sociedad sin clases. Entonces, hay esa dualidad. Por un lado, una teoría de la justicia, una teoría de ideales, el comunismo como un ideal utópico, y, por otro lado, una idea de una lucha por un ideal, por un impulsar los elementos más progresivos dentro de las situaciones actuales, sin utopía, sin ideal, al menos, con utopías y sin utopías y sin ideales, muy separados de la realidad, muy a largo plazo.

Y, en ese sentido, no haría falta una teoría de la justicia. Entonces, ese es uno de los temas actuales de discusión en todo el pensamiento marxista, sobre todo en su corte analítico anglosajón, tiene una teoría de la justicia o no en Marx, y que esto tiene conexiones con el tema esencial de la explotación, y que supone un elemento tan importante como si es justo el capitalismo. No es justo o es posible la justicia del capitalismo que se basa necesariamente en la disimetría y en la explotación, es decir, son temas que están absolutamente en candelero, y que yo creo que el marxismo aporta una serie de elementos, aunque ya digo, plurales y discutibles, pero que puede ser importante seguir manteniendo en este planteamiento que hemos hecho hoy, de cómo se podría relacionar la legitimidad con la eficacia, y reconocer que ahí Maquiavelo y la línea realista tiene una gran razón, es decir, que sin eficacia no puede haber legitimidad, aunque basar la legitimidad en la eficacia también quizás sea escaso, como decía Lundman.

En esta necesidad de combinar eficacia y legitimidad, yo creo que es importante haber retomado estas tradiciones de Maquiavelo a Marx, y concluyendo con Habermas. En cualquier caso, como no estamos en la sociedad sin clases, y nuestros ideales de justicia deben conocer la realidad, yo creo que debemos pegarnos mucho a la realidad, lo cual no quiere decir que la inventemos miméticamente, nos podemos pegar a la realidad para contradecirla. En cualquier caso, muchas gracias a Moisés González y a ti, Paco, que eres coordinador habitual de esto, y gracias a ustedes por haber seguido este programa.

Buenas noches. Bueno, pues hasta aquí hemos llegado hoy, el próximo miércoles volveremos. Agradecemos a Moisés González, a Carlos Gómez y a Francisco José Martínez sus comentarios sobre este libro, Filosofía y Cultura, al que hemos dedicado los dos últimos programas.

Revista de Filosofía se despide ya hasta el miércoles próximo. Feliz semana.